

De mucha satisfacción fué para éste la respuesta de Mr. de Haugwitz, tras la cual le dijo: «Muy bien; quedamos corrientes: os daré el Hannóver; en pago me cederéis unas cuantas porciones de tierra que me hacen falta, y firmaréis un tratado de alianza ofensiva y defensiva con la Francia; pero en cuanto lleguéis á Berlín, cuidad de tapar la boca á los vocingleros, tratándolos con el desprecio que merecen y haciendo que sea la política del ministerio la que gobierne y no la de la camarilla.» Napoleón aludía con eso á la reina, al príncipe Luis y sus cortesanos. En seguida ordenó á Duroc que se viese con Mr. de Haugwitz y redactasen juntos inmediatamente el proyecto del tratado de alianza.

Apenas estaba concluído ese acomodo, cuando Napoleón, muy prendado de su obra, ya estaba escribiendo á Mr. de Talleyrand mandándole que nada concluyese en Brun, que diese largas por algunos días, pues estaba cierto de un arreglo definitivo con la Prusia, mediante la cesión del Hannóver, por cuya razón no tenía que temer en adelante ni las amenazas de los anglo-rusos contra la Holanda, ni las operaciones de los archiduques por la parte de la Hungría. Añadía además que en el estado actual de las cosas quería el Tirol, la contribución de guerra con más motivo que nunca, y por último convenía que dejase Brun y se trasladase á Viena, porque estaba demasiado distante de aquella ciudad para el ajuste de la negociación, y quería seguirla de más cerca, en Presburgo (1) por ejemplo.

La primera entrevista de Mr. de Haugwitz con Napoleón ocurrió el 13 de diciembre. El tratado con la Prusia se extendió el 14, y el 15 fué firmado en Schenbrun. He aquí las principales cláusulas.

La Francia, considerando el Hannóver como conquista de su pertenencia, se le cedía á la Prusia. Esta potencia cedía en cambio á la Baviera el marquesado de Anspach, esa provincia misma cuyo suelo era casi forzoso atravesar cuando se estaba en guerra con el Austria. Cedía además á la Francia el principado de Neufchatel y el ducado de Cleves con la fortaleza de Wésel. Ambas potencias se constituían garantes de sus respectivas posesiones, lo cual significaba que la Prusia garantía á la Francia sus límites presentes con las adquisiciones que acababa de hacer en Italia y los nuevos arreglos concluídos con la Alemania, mientras que la Francia se ponía garante del estado actual de la Prusia con lo adquirido en 1803 y á más el Hannóver.

Era, pues, un verdadero tratado de alianza ofensiva y defensiva, y con cláusula expresa de esa condición; cláusula que no se había querido admitir en ninguno de los pactos anteriores.

Napoleón había exigido Neufchatel, Cleves y sobre todo Anspach, con ánimo de cambiarle con la Baviera por el ducado de Berg, procurándose así con qué dotar á los que más amigos se le mostrasen. Esos sacrificios de la Prusia eran de muy poco importe, y para Napoleón preciosos medios de recompensa, porque entraba en sus vastas miras el ser poderoso, haciendo poderosos igualmente á todos cuantos andaban por su lado, á sus ministros, á sus generales y á sus deudos. Era esa negociación un golpe de mano maestra, porque sobre hacer la vergüenza de la liga ponía el Austria á merced de

(1) Luego notaremos esa circunstancia.

(N. del T.)

Napoleón, y, lo que era más importante, le aseguraba la sola alianza posible, la sola de desear: la alianza de la Prusia. Cierto es que comportaba el grave compromiso de despojar del Hannóver á la Inglaterra; compromiso que con el tiempo podía costar caro haciendo acaso imposible la paz marítima, si en época más ó menos remota vinieran prometiéndola las circunstancias.

Napoleón escribió acto continuo á Mr. de Talleyrand anunciándole que ya quedaba firmado el pacto con la Prusia, y que se ausentara de Brun si los austriacos no aceptaban las condiciones que se les imponían.

Talleyrand, que nada deseaba tanto como el ajuste de la paz, y sobre todo que no se le tratase al Austria con demasiado rigor, sintió un vivísimo disgusto con aquella noticia; pero los plenipotenciarios austriacos se quedaron como aterrados en cuanto la supieron. Volvían de Holitsch con nuevas concesiones, ya que no tan grandes como las que de ellos se exigían. Vieron perfectamente que la Prusia por ganar el Hannóver les obligaba á perder el Tirol, y aunque mucho se arriesgaba en diferir las negociaciones porque era dar acaso lugar á que Napoleón saliese con nuevas exigencias, y así se lo daba á entender el mismo Talleyrand, todavía se resolvieron á no concluir cosa alguna sin haberse entendido otra vez con su soberano.

Se despidieron pues en Brun los tres plenipotenciarios, conviniendo en que se volvería al curso de las negociaciones en Presburgo. Expuesta era ya su residencia en Brun, población atestada entonces de hospitales, y la atmósfera cargada de las exhalaciones que despedía un suelo sembrado de cadáveres (2). Mr. de Talleyrand regresó á Viena, donde encontró á Napoleón muy resuelto á seguir la guerra, si no se aceptaban sus condiciones. En efecto, ya tenía ordenado al general Songis que pudiese en regla el material de la artillería, y le aumentase á expensas de la que encerraba el arsenal de Viena. Hasta había ido á reprender con suma severidad al ministro de la policía Fouché por haber consentido un anuncio en que se daba la paz como cosa cierta.

Acababa de ocurrir una circunstancia que sirvió de estímulo á esa disposición belicosa. Llegó á saber Napoleón los acontecimientos de Nápoles; de esa corte insensata que después de haber estipulado (por consejo de la Rusia, eso es cierto) un tratado de neutralidad, de repente salió rompiéndole y poniéndose en armas. En cuanto llegó á sus oídos la batalla de Trafalgar, y el pacto que la Rusia había firmado en Potsdam, ya creyó la reina Carolina que Napoleón estaba perdido para siempre, y abiertamente salió llamando á los rusos. El 19 de diciembre desembarcaron en las costas de Nápoles de diez á doce mil rusos y unos seis mil ingleses, á los cuales se habían de reunir cuarenta mil napolitanos, que así lo tenía prometido su soberano. El proyecto era sublevar la Italia á espaldas de los franceses, en tanto que Murat se mantenía al pie de los Alpes Julianos, y Napoleón casi á orilla de los límites de la antigua Polonia. Esa corte de emigrados había caído en la debilidad que de ordinario aflige á los emigrados, esto es, en la creencia

(2) No comprendemos la alusión de esa última noticia, y máxime cuando no se nos dice que se tomara por causa para que los plenipotenciarios cambiasen de residencia; antes queda bien marcada otra muy distinta, esto es, la voluntad de Napoleón, y su deseo de tener á la mano los enviados austriacos. (N. del T.)

de aquello que se desea, y por consiguiente en conducirse conforme pide semejante deseo.

Cuando vió Napoleón esa escandalosa violación de la fe jurada, dos afectos se apoderaron á la vez de su alma, la ira y el contento. La cuestión quedaba resuelta. La reina de Nápoles debía pagar aquel atentado con la pérdida de una corona, que venía como de molde para un miembro de la familia Bonaparte. Nadie en el mundo pudiera tildar de injusto el acto soberano que despojaba de sus derechos á esa línea de la casa de Borbón, y por lo que mira á sus protectores natos, la Rusia y el Austria, ni siquiera merecían que con ellos se contase.

Con todo, los plenipotenciarios austriacos ya habían insinuado en Brun que comprendería el tratado una cláusula en favor de la corte de Nápoles, cuyos manejos les eran bien conocidos, mientras que Napoleón los ignoraba; pero ya descubiertos, al instante se le comunicó orden á Talleyrand para que no diese oídos á nada que dijese relación con aquel gabinete.—Fuera yo un cobarde, le decía el emperador, si tolerase el ultraje de esa vil corte de Nápoles. Bien os consta con cuánta generosidad la he tratado; no más; acabóse el reinado de Carolina en Italia. De todos modos nada se hable de ella en el tratado, que tal es mi voluntad absoluta.

En Presburgo estaban ya los plenipotenciarios austriacos esperando la llegada de Mr. de Talleyrand, que no tardó en verificarse, abriéndose de nuevo las negociaciones en los puestos avanzados de ambos ejércitos, pues que los archiduques andaban ya muy cerca de Presburgo, y á solas dos jornadas de Viena donde Napoleón tenía también reunida la mayor parte de sus tropas, habiendo traído á Massena por el camino de Estiria. Cerca de doscientos mil franceses se encontraban concentrados en torno de la capital de Austria, y Napoleón, ya extremadamente acalorado, no encubría su deseo de comenzar de nuevo las hostilidades. Enorme desacierto hubiera cometido la corte de Viena respondiendo á ese deseo, sobre todo después que la Prusia había desertado su causa, y cuando el gabinete ruso estaba sobrecogido de tan grande desaliento. Así, por muy terribles que pareciesen los sacrificios exigidos, dispuesto estaba el gabinete austriaco á aceptarlos, aunque desde luego aparentara la resolución de rechazarlos.

Se convino, pues, en que el Austria abandonaría el Estado de Venecia con las provincias de tierra firme, tales como el Friul, Istria y Dalmacia. Así Trieste y el puerto de Cátaro venían á poder de la Francia. Esos territorios debían ser agregados al reino de Italia. Quedaba nuevamente estipulada la separación de las coronas de Francia y de Italia, mas de una manera tan vaga en la expresión, que podía verse la facultad de diferir esa separación hasta el ajuste de la paz general, ó hasta el fallecimiento de Napoleón.

La Baviera alcanzaba esta vez el objeto de sus constantes deseos, el Tirol, así el alemán como el italiano. El Austria recibía en pago los principados de Salzburgo, y de Berchtolsgraden, cedidos en 1803 al archiduque Fernando, antiguo gran duque de Toscana, y la Baviera remuneraba á este archiduque con el principado eclesiástico de Wurtzburgo, principado que también le había cabido en 1803 cuando la distribución de las secularizaciones.

Mejor deslindado quedaba de este modo el territorio

del Austria, pero con perder el Tirol perdía también la influencia que ella ejercía en la Suiza y en la Italia; y trasladado el archiduque Fernando al seno de la Franconia, cesaba igualmente ese príncipe en la dominación de un Estado anejo á la monarquía austriaca, de cuya inmediata tutela se le separaba.

A más de indemnizar al Austria con el país de Salzburgo, todavía se le agregaba la secularización de los bienes de la orden teutónica, y su conversión en propiedad hereditaria encabezada en aquel de entre los archiduques que más le agradase. Consistía la importancia de esos bienes en una población de ciento veinte mil habitantes, y en ciento cincuenta mil florines de renta.

Quedaba el archiduque Fernando con el título electoral, y su voto en el colegio de los electores, aunque pasando del principado de Salzburgo al de Wurtzburgo.

El Austria reconocía por reyes á los electores de Wurtemberg y de Baviera; consentía en que las prerrogativas de los soberanos de Baden, de Wurtemberg y de Baviera sobre la nobleza inmediata de sus Estados, fuesen tantas cuantas gozaba el emperador sobre la de los suyos. Eso valía tanto como decir que quedaba abolida aquella nobleza de los tres Estados en cuestión, porque siendo absoluto el poder que sobre sus nobles tenía el emperador austriaco, absoluto le adquirirían igualmente aquellos tres príncipes para con los de sus reinos.

En fin, todos cuantos derechos de origen feudal tenía la cancillería imperial sobre esos tres Estados favorecidos por la Francia, todos los renunciaba.

Sin embargo, todo quedaba sujeto á la formal aprobación de la Dieta. He ahí el modo con que la Francia ejecutaba una especie de revolución social en una parte muy notable de la Alemania, centralizando en ella el poder en favor del soberano territorial y destruyendo de raíz toda dependencia feudal exterior. Continuaba al propio tiempo el sistema de las secularizaciones, pues que con la orden teutónica desaparecía uno de los dos últimos principados eclesiásticos existentes, no quedando ya sino el del príncipe archicanciller, elector eclesiástico de Ratisbona, y esa secularización se cumplía con las mismas miras que las hechas anteriormente, esto es, en ventaja de una de las principales cortes de la Alemania.

Definitivamente excluía el Austria de la Italia; despojada también, perdiendo el Tirol, de las posiciones dominantes que ella guardaba en los Alpes; encerrada á espaldas del Inn; privada de todo puesto avanzado en la Suabia, y de los vínculos feudales con que tenía sujetos los Estados de la Alemania meridional, ya se ve si serían inmensos los perjuicios materiales y políticos que se le irrogaron á la vez. Perdía, como se ha notado más atrás, cuatro millones de súbditos de los veinticuatro que mandaba, y quince millones de florines de renta de los ciento tres que recogía.

Imposible era concebir un pacto más acertado para asegurar la tranquilidad de la Italia y de la Alemania; no pudiera oponérsele sino una sola objeción, esto es, que saliendo tan maltratado el vencido, no podía someterse de buena fe; y tocábase á Napoleón el hacer que el Austria perdiera enteramente la esperanza de levantarse un día contra el fallo de la victoria, y los medios de ejecutarlo, lo cual requería muchísima prudencia, y la adquisición de alianzas seguras.

Vacilantes se mostraron los plenipotenciarios austriacos antes de autorizar con su firma un tratado de tal naturaleza. Dos eran los puntos capitales sobre cuya reforma insistían, la contribución de guerra de cien millones, y Nápoles. Aquella ya la había reducido Napoleón á cincuenta millones, en consideración de las cantidades que él había tomado directamente en las arcas del tesoro austriaco; en cuanto á Nápoles no había que hablarle.

Se creyó poder vencerle por un medio de pura cortesana, haciendo que pasara á verle el archiduque Carlos, príncipe cuyos talentos y carácter sabía honrar Napoleón y con el cual nunca se había encontrado. Propúsosele, pues, si se dignaría recibir su visita en Viena, y la aceptó con sumo gusto, pero decidido á mantenerse firme en su propósito. Creyóse desde luego que ese príncipe, uno de los más famosos capitanes de la Europa, quizá lograría desarmar á Napoleón, en exponiéndole los recursos de que aún podía echar mano la monarquía austriaca, y pintándole cuáles eran los sentimientos del ejército, todo él dispuesto á inmolarse antes que consentir en un tratado ignominioso, protestas que el archiduque presentaría con colorido de amistosas instancias. Por lo mismo, aunque Mr. de Talleyrand insistía en que cuanto antes se firmase el ajuste, los plenipotenciarios austriacos respondían que eso fuera exponerse á que se les acusara de haber vendido á su patria, y que no firmarían hasta ver el resultado de la entrevista del archiduque con Napoleón.

Sin embargo, como Mr. de Talleyrand salió ofreciendo, bajo su propia responsabilidad, la rebaja de tres millones en los cincuenta de la contribución de guerra, los plenipotenciarios firmaron el 26 de diciembre ese tratado de Presburgo que fué uno de los más gloriosos que Napoleón concluyera, y el mejor concebido sin duda alguna; porque si bien fueron más inmensos los Estados que después obtuvo la Francia, los pactos que los trajeron no eran ni con mucho tan aceptables para la Europa, y por tanto tampoco tan sólidos. No otra cosa hicieron ya los plenipotenciarios austriacos sino recomendar la casa real de Nápoles á la generosidad del vencedor, por medio de una carta firmada, en común. El archiduque se vió con Napoleón el 27, en uno de los sitios del emperador austriaco, y fué recibido con las atenciones debidas á su rango y á su gloria. Entretuviéronse hablando del arte militar, cosa muy natural entre dos tan famosos capitanes, tras lo cual se despidió el archiduque sin haber dicho una palabra tocante á las cosas de los dos imperios (1).

Napoleón tomó al instante cuantas disposiciones fueron menester para evacuar el Austria. Despachó por el Danubio los dos mil cañones y los cien mil fusiles que contenía el arsenal de Viena, yendo destinadas para Palma-Nova ciento cincuenta piezas de artillería, con

(1) Pase así pues que Thiers nos lo cuenta, pero para creerlo fuera menester pensar del archiduque Carlos nada ventajosamente. Otros dicen que Napoleón tenía dispuesto despedir aquel príncipe regalándole una espada magnífica, pero que no siendo de su gusto las claridades con que se le reprendió la dureza con que trataba al imperio austriaco, se enojó y se guardó el regalo. Así lo asegura también Rapp en sus Memorias.

(N. del T.)

FIN DEL TOMO SEXTO

objeto de armar aquella plaza importante, y llave, por decirlo así, de los Estados venecianos de tierra firme. Dispuso la marcha de las tropas de modo que pudiera cumplirse con jornadas cortas, pues no quería que se retrasasen á marchas dobles como las que habían hecho al ir á la guerra. Tomó cuantas medidas parecieron convenientes para que abundasen los víveres en todo el tránsito; é hizo que se distribuyese entre la oficialidad una gratificación de dos millones de francos, á fin de que cada individuo entrase en el inmediato goce de los rendimientos del triunfo. A Berthier se le encomendó el cuidado de poner á todo el ejército en el territorio francés; ni un soldado debía verse en Viena al cabo de cinco días, y todos habían de haber pasado el Inn dentro de veinte. Fué convenio que la plaza de Brunau quedara con guarnición francesa hasta el pago íntegro de la contribución de cuarenta millones.

Tras esas disposiciones, Napoleón salió para Munich en donde fué recibido con un entusiasmo loco. Los bávaros que habían de venderle cuando le vieran caído, y dejarse matar antes que abrir paso en Hanau al ejército francés en derrota, le cubrían de aplausos y de aclamaciones; seguían con una curiosidad insaciable al conquistador que les había libertado de una invasión, constituido en reino, y enriquecido con los despojos del Austria vencida... Napoleón, después de haber asistido al enlace de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta, después de haber tomado parte en la dicha de un hijo que él adoraba, y haber gozado de la admiración de los pueblos, ansiosos de verle, y de las lisonjas de una enemiga (la electora de Baviera), salió para París donde le esperaba la Francia entusiasmada.

Una campaña de tres meses, en lugar de una guerra de muchos años como se temió en sus principios; el continente desarmado; el imperio francés alcanzando límites que nunca hubiera debido pasar; nuestras armas cubiertas de una gloria deslumbradora; el crédito público y particular milagrosamente restablecido; nueva perspectiva de paz y de prosperidad abierta á la nación; he ahí todo lo que se le quería pagar con el grito mil veces repetido de ¡Viva el emperador! En el mismo Strasburgo, al paso del Rhin, se le saludó ya con esas aclamaciones que le acompañaron hasta entrar en París el 26 de enero de 1806. La entrada fué como cuando regresó de Marengo. Y en efecto, que Austerlitz era para el imperio lo que para el consulado había sido Marengo, pues que éste robusteció el poder consular en manos de Napoleón, como aquél aseguraba la corona imperial en sus sienas. Marengo hizo que la Francia pasase en un solo día de una situación ruinosa á un estado de paz y preponderancia; y Austerlitz, con arrollar en un solo día una liga formidable, producía igual resultado. Para los hombres que estudian los hechos con espíritu reflexivo y sin pasión, si hombres de tal clase pudiesen vivir en medio de acontecimientos tan prodigiosos, no quedaban más motivos de recelo que uno, la conocida inconstancia de la fortuna, y lo más de temer era la pobreza del humano entendimiento que si tal vez sufre la adversidad sin resbalar, por milagro pasaría en la opulencia sin cometer enormes desaciertos.

## ÍNDICE DEL TOMO SEXTO

Páginas	Páginas		
PRÓLOGO . . . . .	1	LIBRO DUODÉCIMO. - Concordato . . . . .	305
LIBRO PRIMERO. - Constitución del año VIII. . . . .	9	LIBRO DÉCIMOTERCIO. - El Tribunado . . . . .	328
LIBRO SEGUNDO. - Administración interior. . . . .	40	LIBRO DÉCIMOCUARTO. - Consulado perpetuo. . . . .	359
LIBRO TERCERO. - Ulm y Génova. . . . .	73	LIBRO DÉCIMOQUINTO. - Las secularizaciones. . . . .	399
LIBRO CUARTO. - Marengo. . . . .	104	LIBRO DÉCIMOSEXTO. - Rompimiento de la paz de Amiéns. . . . .	437
LIBRO QUINTO. - Heliópolis. . . . .	142	LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO. - Campamento de Boloña. . . . .	483
LIBRO SEXTO. - Armisticio. . . . .	160	LIBRO DÉCMOCTAVO. - Conspiración de Jorge . . . . .	521
LIBRO SÉPTIMO. - Hohenlinden. . . . .	167	LIBRO DÉCIMONONO. - El imperio. . . . .	550
LIBRO OCTAVO. - Máquina infernal. . . . .	219	LIBRO VIGÉSIMO. - La consagración. . . . .	588
LIBRO NOVENO. - Potencias neutrales. . . . .	234	LIBRO VIGÉSIMO PRIMERO. - Tercera coalición. . . . .	618
LIBRO DÉCIMO. - Evacuación del Egipto. . . . .	256	LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO. - Ulm y Trafalgar. . . . .	668
LIBRO UNDÉCIMO. - Paz general . . . . .	284	LIBRO VIGÉSIMO TERCERO. - Austerlitz. . . . .	720

## ÍNDICE DE LOS GRABADOS DEL PRESENTE TOMO

Páginas	Páginas		
Revista militar en el Carroussel, dibujo de Marold. . . . .	1	Toussaint-Louverture. . . . .	349
Bonaparte, primer cónsul. . . . .	17	Monseñor de Belloy, arzobispo de París. . . . .	369
Jourdán. . . . .	25	Regnier. . . . .	395
Duroc. . . . .	27	Carlos Fox (según un grabado de Cornotto; original de F. Sloane). . . . .	481
Lacepede. . . . .	41	Mr. de Fontanes. . . . .	485
Benjamín Constant. . . . .	47	El almirante Bruix. . . . .	503
Jorge III de Inglaterra. . . . .	57	El duque de Enghién. . . . .	545
Lecourbe. . . . .	79	Lefebvre. . . . .	581
Soult. . . . .	87	El almirante Decrés. . . . .	593
Leclerc. . . . .	91	El cardenal Fesch. . . . .	611
Marmont. . . . .	105	Napoleón I, emperador. . . . .	613
Lannes. . . . .	123	La emperatriz Josefina. . . . .	615
Pío VII. . . . .	135	Eugenio Beauharnais. . . . .	645
Latour d'Auvergne, el primer granadero de Francia. . . . .	139	Bernadotte. . . . .	671
Fouché. . . . .	187	El almirante Villeneuve. . . . .	709
Talleyrand. . . . .	303	El general Oudinot. . . . .	737
Luis Bonaparte. . . . .	335		
Mr. de Portalis. . . . .	343		